Escelencia es cosa ya viejísima;
Seré desde hoy Alteza Serenísima.

Min. 2.° —Señor, perfectamente, y decir puedo
Que os viene justo, como anillo al dedo.

Pyrg.—Pues otra cosa mas quiero advertiros,
Y á mis altos decretos añadiros.
No sabe donde tiene las narices
El que murmura à Pyrgopolinices;
Mas haré ver á todo mentecato
Que sé donde me aprieta mi zapato.
A todo periodista escritorzuelo,
Que levantare contra mí su vuelo,
O al que algo diga, sea falso ò cierto,
Desterradlo al momento para un puerto.

Min. 1.° —Será al punto servido vuestra Alteza,
E irán para Acapulco con presteza,
Los que no digan que sois un *querub*,
Que vino al mundo en medio de una *nub*.

Comenzaron inmediatamente los figurantes y saca-muertos á sacar á los vivos del último rincon y ¿por qué? Porque uno dijo: la cosa anda mala. Otro: he oido decir que se va su Alteza, &c., y hubo una *desmocha* que fué necesario echar el telon.

E.—¡Qué bien se le habian subido los humos al maestrito! Pero ¿cómo lo sufrian?

G.—Porque sabia adular sin decirlo, á ciertas clases de personas que son muy influentes en el pais.

E.—¿Quiénes son esas gentes perversas?

G.—Unas que se mueren por ponerse bordados y galones para figurar, ya que no con realidades, con apariencias. Otras que quieren parecer devotas; y en general los pancistas, aspirantes y saltimbanquis, que no pienses que son siquiera el uno por ciento, sino el ciento por uno, pues ya sabes que el número de los locos y los pícaros es mucho mayor que el de los cuerdos y hombres de bien. De aquí fué que se galonearon y bordaron los gefes hasta los porteros. El monte calvario era un pobre en comparacion del pecho de Pyrgopolinices, segun estaba lleno de cruces y crucecitas, de suerte que muy bien podian andarse en él las estaciones, y aun sobrarian muchas cruces! Qué bueno habria sido crucificar en ellas á muchos individuos, que *no es por alabarlos*, pero lo merecen como las ánimas un responso, á lo ménos alguno muy parecido á Pyrgopolinices.

E.—¿Quién era ese?

G.—Un estrangero que vino aquí dándose mucha importancia, y á quien Pyrgopolinices hizo guía de sus guías, esto es, lo hizo gefe de los cómicos que tenia preparados para que lo acompañaran en los trances peligrosos. Este tal tenia en el pecho tantas cruces como aquel individuo, de manera que podia aplicárseles aquel verso de no sé quién, que dice:

Diez años viajó Carballo
Con una eficacia tal,
Que no hay un viajero igual,
A escepcion de su caballo.

E.—No ha estado muy cortés la comparacion.

G.—Eso es conforme se quiera entender. Yo nada digo en cuanto á caballos, sino solamente en cuanto á cruces, y ciertamente el tal estrangero era el mas crucificado despues de Pyrgopolinices. ¡Qué bien habria salido, que á ellos, y á otros como ellos, los hubieran fijado en sus mismas cruces!

E.—¡Ojalá y lo hubieran hecho! Pero no en esas crucecitas, sino en unas de encino, ó de mezquite, y con unos clavos de yantas de coche. Pero ¡qué! ¿ya se acabó la comedia?

G.—¡Qué se ha de acabar! si no vamos ni á la mitad. Falta lo mas bonito, y lo mas doloroso.

E.—Pues vaya. Cuéntamelo.

G.—¿Quién tuviera la elocuencia de Demóstenes ó de Ciceron, ó siquiera la de Quevedo, aunque burlesca, para pintar dignamente esta nobilísima escena?

E.—Me has sorprendido con tu ecsordio, y has aumentado mi curiosidad.

G.—Pues estame atento, porque voy á referirte una cosa digna de representarse en Francia, en Inglaterra, en la misma Roma, turum, tururum, tum, tum. La resurreccion de una Orden difunta hace

algunos años, que dejó atras á la de la Jarratiera, á la de San Jorge, á la de San Luis, á la de Cárlos III, á la del Toison de oro, y á cuantas Ordenes hay, ha habido y habrá, inclusa la de las hermanas de la caridad.

E.—Deja de preámbulos, y cuenta lo que es, y no me estés alborotando las ganas de saberlo.

G.—El teatro representaba un templo lleno *ex omni genere piscium.* Allí habia hábitos clericales, frailares, uniformes bordados, galoneados, charreteras, casacas y mantillas; pero ni una chaqueta, ni un rebozo, aunque se hubiera buscado para un remedio y muchos soldados muy bien vestidos, tanto que el uno parecia un Luis XIV, otro un Federico II, rey de Prusia, todo para la resurreccion de una Orden que allá treinta años fundó un cómico difunto que separó este teatro de otro á que antos estaba subordinado,

E.—Pero, ¿para qué era mostrar tanto aparato?

G.—Pyrgopolinices quiso imitar á los zánganos del panal, que nos cuenta una fábula, los que haciendo honras suntuosas á una abeja muy laboriosa, que habia habido, querian adquirir renombre de animales trabajadores, cuando ellos no eran mas que unos flojos inútiles é inservibles.

E.—No hagas mas comentarios. Vamos á la sustancia.

G.—Pues ahí tienes que reunidos todos peroró Pyrgopolinices en estos términos:

Ilustres personages
De varias formas, de distintos trages,
Que me escuchais atentos,
Atended, os suplico, à mis acentos.
Los reyes estrangeros
Han hecho sus renombres duraderos,
Dejando su memoria
Consignada en los hechos de su historia,
Y muchos de ellos han establecido
Algun Orden escelso y distinguido,
Que en los tiempos futuros
Sus nombres dejen firmes y seguros.
Yo, pues que en esta grey
Si monarca no soy, soy *medio rey*,
Intento en mis comedias
Establecer una Orden, aunque à medias;
Porque ya el gran cómico difunto
Anticipò este punto
A mis deseos régios pontificios,
Que yo quisiera bien, que mis patricios
Me tuvieran de esta Orden por autor;
Pero solo he de ser restaurador.
Y por ahora por eso me contento,
A bien que no es dificil que el momento
Llegue, si lo permite así la Parca,
En que me proclamais vuestro monarca.
Entónces darè fin
Fundando el órden de San Patintin.

Min 1.° —Todo, señor, està muy dispuesto;
Hacednos, por favor, saber el resto.

Pyrgop.—El manto será azul con forro blanco
Y para que se vea que soy franco,

Las grandes cruces, tengan ó no apuros,
Al punto pagarán trescientos duros;
No mas doscientos los comendadores,
Y cien pesillos los demas señores.
Llevaràn en el pecho colocada
Una bonita cruz, de oro, esmaltada;
Y como aquí, advertis
Que nada bueno se hace, allá en Paris
La haràn aquellos sabios fabricantes
Bien hecha, y adornada de diamantes.

Min. 2.° —No una cruz; llevarémos un calvario
Y enredados tambien en un sudario
Irèmos, si así place
Y su gusto real se satisface
A vuestra ínclita Alteza,
Que ha preparado tan bonita pieza.
A todos los cofrades les avisen
Que tendrán una cola que les pisen.

Así lo hicieron las comparsas mejor de lo que les dijeron. Solo dos no convinieron en el alto nombramiento. El uno, que era medio retobado, contestó no sé que chuscadas, y para cubrir el desaire, se le dijo que por equivocacion se le habia nombrado, y como tenia bienes con que subsistir se marchó fuera de la república, y todavía anda por ahí voluntariamente espatriado. El otro, que es de un genio pacífico, se negó humildemente con un motivo muy honroso; pero ni *por esas*, la pagó bien pagada, porque le quitaron el empleo que te-

nia, apesar de que era de eleccion popular, y aunque despues se lo volvieron, fué despues de haberlo tenido un año á *racion de hambre.*

E.—Conocieran por esperiencia, que *cum potentioribus ne præliamini*, aunque tengais razon. Pero hasta ahora no me has dicho mas que el programa de la funcion. No me dijiste que el teatro representaba una iglesia. Ese programa se representó en ella. Para eso concurrieron tantos diplomáticos, tantos empleados, tantos aristócratas, tanta gente decente, tanto soldado?

G.—Dices bien, no me acordaba por donde habia empezado. Voy á contarte la instalacion de la Orden.

E.—Pues anda. Cuenta aprisa, y no te detengas en digresiones.

G.—Voy á darte gusto, para lo cual has de advertir que lo que se hizo en la iglesia fué una escena muda. Allí nadie chistó, apénas un sacerdote echó una bendicion. Despues se repartieron unos recibos....

E.—¿Cómo recibos?

G.—Los diplomas de los cofrades; pero como á cada una se daba conforme á lo que habia pagado, por eso los llamo recibos; así que unos recibos eran de 300, otros de 200, y otros de 100 pesos. Se repartieron, y despues se fueron todos los cómicos á *sacar la tripa de mal año* en un gran al-

muerzo que se les habia preparado. Pero no es eso lo mas bonito, sino que todos los caballeros fueron descolados.

E.—¿Cómo es eso de descolados?

G.—Sí, porque por mas que corrieron los laca-

yos, por mas que se desvelaron los sastres, no pudieron hacer mas que uno ú otro manto, y si hubieran ido unos con manto, y otros sin él, habria dicho, ó pensado siquiera la concurrencia, que estos eran escribientes de aquellos.

E.—Y despues del almuerzo, ¿qué sucedió, se quedaron á dormir allí?

G.—No faltaba mas, ¿en dónde habia de caber tanto caballero y concurrente? Habria sido necesario que la mayor parte durmiera en la plaza, en el suelo duro, como sucedió en el saqueo del año de 1828, con la mucha gente que se refugió á ese lugar. No, señor, no se quedaron, sino que se vinieron *pian, pian.*

E.—¿Estaria bien larga lo procesion?

E.—Y cómo que lo estaba; pero aunque sea por vía de paréntesis, voy á contarte un diálogo que oí entre una criatura y su mamá.

E.—Vaya cuéntamelo.

Criatura.—Mamá, mire V. cuanto *forlon.*

Mamá.—Se dice coche y no forlon.

Criatura.—Y en aquel coche que va allí, muy bonito, con muchos soldados de á caballo alrededor ¿quien irá?

Mamá.—Su Alteza Serenísima.

Criatura.—¿Qué Alteza? ¿Sera altezo? No vé V. que es hombre, y no muger.

Mamá.—No es un tratamiento que se dá tanto á los hombres como á las mugeres, y solo cuando se les escribe se pone al principio: Serenísimo Señor.

Criatura.—¿Pues ese señor es cabo de serenos?

Mamá.—¿Por qué, muchacho?

Criatura.—Porque cuando yo oía decir Serenísimo, me parecia que se hablaba de un serenote muy grandote que era el cabo de ellos.

Mamá.—No, Alteza Serenísima es tratamiento que se dá á los príncipes.

Criatura.—¿Luego ese señor es príncipe?

Mamá.—No lo es, pero él se lo cree, y piensa que no le faltan mas que dos dedos para rey.

Criatura.—Pues cree mal, porque no le faltan dos dedos sino un pié.

Mamá.—Qué pié ni qué nada! Cállate la boca.

Criatura.—Sí, mamá. ¿No fué el que me señaló vd. al salir de la iglesia? Lo ví muy bien, le falta una patita.

Mamá.—Cállate, cállate. Allá en casa hablarémos.

E.—Bien, bien, concluyó la procesion. Vamos á otra escena.

G.—Ahora sigue un entremes.

E.—Vamos á verlo.

G.—A uno de los ministros entró la negra envidia, sin duda, y dijo. ¿Por qué Pyrgopolinices ha de haber restaurado una Orden y yo no he de restaurar otra? Inmediatamente juntó á unos cuantos individuos, y les habló así:

Hace algun tiempo, señores,
Que hubo una corporacion
Que tenia de mil colores

En la cabeza un morrion.
Yo la miro tan extinta,
Que parece que ahora empieza;
Y apénas hallo cabeza
En que haya una ú otra pinta.
El morrion es blanco, y poco

El que ha quedado, y yo creo,
Que sin un grande rodeo
Esta institucion retoco.
Como la piedra primera
Pondré un número bastante,
Que estimule al estudiante

A cubrirse la mollera.
Representará un jardin
Tanto cerebro pintado
De azul, verde y encarnado,
Amarillo y blanco en fin.

E.—Señor D. Gallo, tenga vd. mucho cuidado, porque me parece que me va á dar otro tijeretazo, y serán dos que llevo.

G.—Qué hemos de hacer, no hay mas que aguantar; si á alguno le pican mis palabras, que haga *lomo*, como los que cargan una cosa pesada. Yo hablo en general, no lo digo con intencion de agraviarte.

E.—Has lo que quieras, porque tú mismo me has dicho alguna vez: *que cuando la perra es brava hasta á los de su casa muerde.*

G.—Ahí tienes que él mismo se nombró gefe de la corporacion, y á todos aquellos que le pareció que tenian frescas las cabezas, les recetó un gran bonete con que se cubrieran; item, una valona de terciopelo y una sotana negra. Los bonetes y las valonas eran de igual color en cada persona; y tienes que solo faltáron dos colores para que saliera un arco íris, pues unos eran blancos, otros verdes, otros encarnarnados, otros amarillos, otros azules, y quedaron todos monísimos, monísimos.

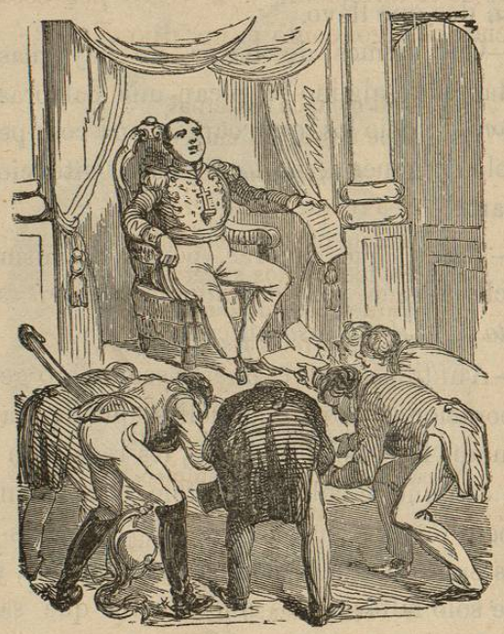
E.—Y ¿cómo se llamaba esa comedia?

G.—*El estudiante de dia y galan de noche.*

E.—Quedo enterado, y el ministro obró con mucha consecuencia, porque

Regis ad exemplum totus componitur orbis.

Pero ¿ya se acabó la comedia del soldado fanfarron?



G.—Esa comedia ya concluyó; pero sigue una escena del *Oso y el Bjà.*

E.—Veamos esa escena.

G.—¿No te acuerdas de que en el Oso y el Bajá

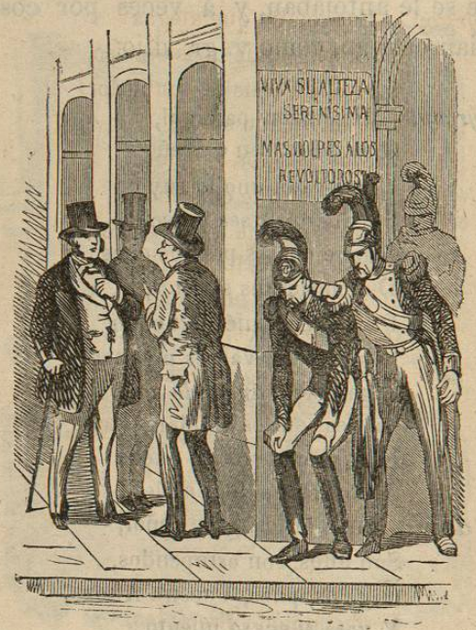
está este viendo bailar á unos muchachitos, y porque le cayeron en gracia los hizo pilotos de sus navíos?

E.—Sí me acuerdo, y muy bien.

G.—Pues haz de cuenta que ya viste á Pyrgopolinices. Por cosas que no merecian premio daba los que se le antojaban, y à veces por cosas que merecian castigo, como v. gr. dijo:

Pyrgop.—Mi corazon paternal,
Que desea con empeño
Dar á cada uno lo suyo,
Sea tuerto, á sea derecho,
Quiere oir las pretensiones
De todos estos sugetos,
Para saber quiénes tienen
Los mas relevantes méritos.
Diga usted, *ángel de guarda*,
Cuáles son los fundamentos
En que cimentarse pueda
Algun razonable empleo.
A. de g.—Mis mèritos, gran señor,
Son altos, son estupendos,
Oígalos, pues, Vuestra Alteza,
Y verà si acaso miento.
Yo soy el adulador
Mas grande que en estos tiempos
Haga con todo descaro
Muy buena barba a su dueño.
No tengo ni por asomos
Gota de piedad en el cuerpo,

Y para servir a un déspota,
Soy el mejor instrumento.
A mi padre, á mi muger,
A mis hijos y á mis nietos
En la Acordada ó Santiago
Pondré, si conviene hacerlo.
Mejor que un perro de caza



A los conspirantes huelo,
Y los saco, aunque se escondan
De la tiera allá en el centro.

Pyrgop —¡Recomendacion magnífica!
Te hago desde este momento

Gefe de mi policía,
Pero en el ramo secreto.
A ver otro pretendiente

Uno.—Yo, señor, aquí me encuentro,
Mas no tengo que alegar,
Sino el mérito supremo
De ser hoy de vuestra Alteza
Aunque indigno, humilde suegro.

Pyrgop.—Ese mérito que alegas
Es mas grande, mas escelso,
Que el de aquel descubridor
Del americano suelo.
En los Estados-Unidos,
Ser ministro te concedo
A ver otro, que ya es tarde
Y mucho que hacer hoy tengo:
Despachemos prontamente,
Que detenerme no puedo.

Otro.—Señor, yo soy un muchacho,
Esto es, *no soy mas que perro*
De vuestra alteza pariente,
Y no digo mas, *laus Deo.*

Pyrgop.—De Veracruz empleado
Por pariente te concedo,
Y porque servir no puedes
Perfectamente el empleo,
Te nombraré un sustituto
Qué allà desempeñe el puesto,
Y recibirás la *mosca*,
Que te hará muy buen provecho.
Y por ahora ha terminado
Esta audiencia, en que en estremo

He observado la justicia
Con prudencia y con acierto.

Así acabó esta detestable escena, y como ella se hicieron otras muchas, que seria enfadoso repetirte.

E.—Haces bien, ya por ese principio conozco lo que habrá habido; pero lo que me hace fuerza es, que sufriendo la nacion tantos y tan gravísimos males, no hubiera un atrevido, que se le echara á las barbas á Pyrgopolinices, lo agarrara del copete, y lo arrastrara por las calles.

G.—Y cómo que hubo, ahora va á entrar la parte mas triste y dolorosa. Aquí entra la *juida* del gallo.

E.—Cuéntamela, porque tengo mas gana de saber eso que cuanto me has dicho hasta ahora. Lo que siento es que se huyera, y no que lo ahorcaran; esto habria sido muy ejemplar para todos los malos cómicos.

G.—Pero, ¿con qué palabras podré pintarte tan lastimoso cuadro? Ya me acuerdo. Comenzaré con la traduccion que hizo D. Gregorio Hernandez de Velasco, del segundo libro de la Eneida de Virgilio.

Màndasme renovar, hombre escelente,
La horrible historia, y el dolor infando
Como el oro de México, y su gente

Destruyó el gran furor de aquel vil bando:
Los tristes casos á que fuí presente
Gran parte de la pérdida probando,
¿Cual Mirmidon, cual Dolope, ó soldado
De Ulises tal diria lastimado?
Y ya va la noche húmeda huyendo
Apresurando su ligero vuelo,
Al sueño nos están ya persuadiendo
Las estrellas que bajan ya del cielo;
Mas pues en tí tan gran deseo entiendo
De oír en breve suma aqueste duelo,
Aunque rehuse el llanto la memoria,
Comenzaré la desgraciada historia.

E.—De que empiezas con tus digresiones, no hay quien te contenga. ¿Por qué no cuentas sencillamente los hechos?

G.—Porque cada cosa tiene su modo de contarse. ¿Cómo quieres que cuando voy á contar *la caida de Luzbel*, esté tan festivo como si fuera á contarte el casamiento de Tétis y Peleo?

E.—Bien está. Cuenta como quieras; pero te suplico que ahorres las digresiones lo mejor que puedas.

G.—Así lo haré, y por ahora te diré, que como era imposible que aquí hubiera un pronunciamiento porque estaba Pyrgopolinices rodeado de toda su compañía, á la que mantenia decentemente á *costillas* del prógimo, fué necesario que la revolucion viniera de la circunferencia al centro.